

una estrecha inteligencia con la Gran Bretaña, siendo entregada en virtud de ella la flota rusa á los ingleses, para que, combinada con la suya, cooperase á la guerra que se hacía al común enemigo. Además, el primero de Octubre, escribió el Czar al príncipe heredero de Suecia, reiterando solemnemente su promesa de sepultarse entre las ruinas de su Imperio antes que firmar la paz con «el Atila de los tiempos modernos», y agregando que éste furioso por no encontrar en Moscou las riquezas que tanto codiciaba ni el tratado de paz que se perseguía, había mandado pegar fuego á la ciudad. Alejandro, en efecto, creyó durante algún tiempo que el incendio de la antigua capital del Imperio era obra de Napoleón.

Viendo que su contrario no daba señales de querer entrar en arreglos, se determinó el Emperador de los franceses á tomar la iniciativa, y envió al cuartel general de Kutuzof, que estaba en Tarutino, al general Lauriston, con encargo de manifestar al feldmariscal, que su señor deseaba poner término á aquella lucha entre dos naciones grandes y nobles. Kutuzof respondió al mensajero que, en las instrucciones que se le habían comunicado, nunca se pronunciara la palabra paz. Lauriston rogó entonces á Kutuzof que solicitase un permiso del Czar con el que pudiera él ir á San Petersburgo; pero el general ruso negóse rotundamente á servir de intermediario. Por último, el francés propuso un armisticio, recibiendo nueva repulsa, si bien Kutuzof prometió dar cuenta de esta pretensión al Emperador, y así lo hizo por conducto del príncipe Wolkonski, que regresó á San Petersburgo. Alejandro contestó en el acto, reprendiendo con dureza al feldmariscal por haberse prestado á la entrevista con Lauriston, y le ordenó prevenir al general Reningeen que se abstuviera en absoluto de conferenciar con Murat.

Frustradas sus esperanzas de iniciar las negociaciones, no tenía Napoleón más recurso que emprender la retirada. Sin embargo, este paso costaba demasiado á su orgullo, para que no difiriese el darlo todo lo posible. Se entretuvo, pues, unos días en reorganizar sus fuerzas, ordenando á Lariboissiere, que formase nuevas baterías con los cañones rusos encontrados en el Kremlin, y á Mortier, que fortificase esta ciudadela é hiciese «volar la mezquita de muchas campanas», es decir, la extraña y maravillosa iglesia de San Basilio. También mandó avanzar á las divisiones que se habían quedado en las orillas del Dvina y el Dnieper, y escribió al Emperador de Austria, pidiéndole que reforzara el cuerpo de ejército del príncipe Swartzemberg, al rey de Prusia, para que sustituyera con otros regimientos su contingente fatigado, y á los príncipes de la Confederación germánica, á fin de que enviaran tropas de refresco. Dispuso igualmente que se llamara á las armas, en Francia é Italia, á los conscriptos de mil ochocientos trece. Al mismo tiempo, estudiaba diferentes proyectos para amedrentar ó desmembrar á Rusia, como los de proclamarse rey de Polonia, recompensar á José Poniatovski, dándole el principado de Smolensko, erigir los países cosacos y la Ukrania en reino independiente, crear la «Con-

federación del Vístula», promover el levantamiento de los tártaros de Kazan y Crimea y prometer la libertad á los campesinos rusos, excitándoles á sublevarse contra sus señores. En fin, no perdonando medio de disimular su contrariedad, el quince de Octubre firmó un largo decreto, que contenía cien artículos acerca de la organización, personal y complemento del Teatro francés de París, y el mismo día, por la tarde, leía á sus íntimos una extensa disertación, cuyo tema era que la sublimidad heroica real y verdadera sólo podía hallarse en el drama y en la tragedia. No tenía prisa ninguna; pues, como observa un historiador, el sentimiento del deber, que era casi extraño en su alma, no le movía á poner á su ejército al abrigo de los helados vientos de las estepas rusas. A veces parecía inclinarse á invernar en Moscou, y alguien hubo de aconsejarle este partido como el más acomodado á las circunstancias; pero es dudoso que pensara seriamente un solo instante en semejante proyecto, que, aislándole de Francia y de Europa por espacio de tantos meses, habría expuesto su obra entera á inminente ruina. Por otra parte, antes de acercarse la primavera, el ejército se habría comido todos los caballos que no se hubieran muerto de hambre, y, privado de caballería y falto de cañones, por carecer de tiros, su situación hubiese sido muy comprometida. Y existía otra razón más poderosa aún para no prolongar la estancia en Rusia, á saber: que el número, que hasta entonces había favorecido á los franceses, iba á estar pronto, según todas las probabilidades, en contra de ellos. El ejército de Kutuzof recibía refuerzo; el del norte, mandado por Wittgenstein, se aumentaba en veinte mil hombres, llegados de Finlandia; los del sud se aproximaban á la línea de las comunicaciones francesas, á lo que se agregaba que numerosas partidas y grupos de aldeanos armados recorrían los campos, deteniendo los correos, hostigando los convoyes y degollando á los merodeadores y rezagados. No había, por tanto, otro remedio que el de tomar la vuelta, ganando tiempo y por el camino más corto; pero Napoleón siguió en Moscou hasta el diez y nueve de Octubre, y todavía, después de resuelta la marcha, insinuó la idea de dirigirse á San Petersburgo, hacer por este lado una demostración, que realizase su prestigio, y regresar al occidente por las provincias bálticas, y finalmente, determinó tomar, en vez del camino recto, que había seguido á la ida, el de Kaluga, que le obligaba á pelear con Kutuzof y á dar un largo rodeo, pero le permitía fingir que no era su ánimo retirarse, sino simplemente arrojar á los rusos de los alrededores de Moscou. Antes de partir, envió á los heridos al *Vospitatelny Dom*, confiándolos á la protección y generosidad de los rusos, cuya justa indignación, sin embargo, elevó á su colmo con sus últimos actos y disposiciones; pues, sobre llevarse la cruz de Ivan el Grande, dió á Mortier, que quedó unos días en Moscou, la orden de destruir las iglesias y palacios del Kremlin. Y en efecto, el veintitrés de Octubre, una espantosa explosión cuarteaba las múltiples torres del recinto y reducía á escombros casi totalmente el palacio de Catalina II. Cuando más adelante volvieron á entrar



los rusos en Moscú, degollaron, por vía de represalias, cuatro mil heridos franceses.

Gracias á los refuerzos que Napoleón había hecho venir, su ejército alcanzaba otra vez la respetable cifra de ciento siete mil hombres, con los que podía aún hacer frente á los rusos. Estorbaba, empero, el avance de las tropas la gran impedimenta que conducían, «Véase, escribe Chambray, un número extraordinario de coches de lujo, porque muchos generales, que hasta entonces se habían contentado con uno, ahora llevaban varios consigo, siendo no pocos los oficiales que antes no los tenían y que durante su permanencia en Moscú se hicieron con ellos. Las cantinas se hallaban atestadas, no de víveres, sino de los provechos del saqueo; no había para tantos objetos sustraídos sitio en los carruajes particulares, ni en los carros destinados á las provisiones, ni en los mismos donde se trasportaban los cañones ó iban los enfermos; los ginetes los cargaban sobre sus caballos, y los infantes se doblaban bajo el peso de las mochilas repletas de botín. En suma, el ejército había aumentado sus bagajes con dos nuevos trenes, el de los trofeos y el de los tesoros», compuesto éste último de alhajas robadas en las iglesias. Además, si bien Napoleón dijo que regresaría á Moscú después de derrotar á los rusos, nadie le creyó, y los enfermos y heridos que se sentían siquiera con fuerzas para arrastrarse, abandonaron los hospitales y se unieron á sus regimientos. Los comerciantes extranjeros, que negociaban en la población protegidos por los franceses, empaquetaron sus mercancías y siguieron al ejército con sus familias y sus carros, temiendo la venganza de los rusos.

El orden de marcha era el siguiente: á la cabeza, el virrey Eugenio; después, los cuerpos de Davout y de Ney; detrás de estos, Bonaparte y la guardia imperial. Murat y Poniatowski se habían adelantado, y no tardaron en hallarse frente al enemigo. El día veinticuatro de Octubre, Kutuzof aceptó la batalla en Malo-Iaroslawetz, siendo la lucha porfiada y sangrienta. Al principio, diez y ocho mil franceses é italianos debieron sostener el choque de cincuenta mil rusos; los italianos de Eugenio se cubrieron de gloria inmarcesible en el encuentro; luego, ambos contendientes recibieron refuerzos, y la ciudad de Malo-Iaroslawetz fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta seis veces. El veinticinco llegó Napoleón, y Kutuzof emprendió la retirada en buen orden: había perdido cuatro mil hombres, pero su ejército continuaba en pie y en disposición de librar nuevos combates. Renuncióse, pues, al camino de Kaluga, y se retrocedió, por Borovsk, Vereña y Mojaik, á la gran vía militar de Moscú á Smolensko. El orden de marcha era ahora distinto del anterior: la vanguardia la formaban Napoleón y la guardia; el centro, Murat, Ney, Eugenio y Poniatowski; la retaguardia, Davout. El servicio encomendado á éste último era muy penoso: debía contener á los cosacos de Platoff; espolear y esperar á veinte mil rezagados, cuyo número crecía incesantemente; arrastrar inmensa cantidad de cañones é interminable fila de convoyes, é impedir que los conductores de los vehículos

donde iban los heridos y enfermos, arrojasen la desgraciada carga al suelo, como hacían al menor descuido, para huir con los tiros. Y no eran estas las únicas dificultades con que Davout tenía que luchar; pues á causa de ir el último, cuando sus tropas llegaban al término de cada jornada, sus compatriotas lo habían devorado todo y no encontraban nada que comer, y aun debía sufrir los injustos reproches del déspota que le acusaba de no darse más prisa y de ser excesivamente meticuloso.

Se pasaron tres días antes de poder tomar en Mojaik el camino de Moscú á Kovno. Al cruzar el campo de Borodino, el hedor cadavérico era insoportable; los cosacos picaban la retaguardia de los franceses, y el cuerpo de ejército de Miloradovitch amenazaba su flanco izquierdo. El primero de Noviembre se hundió uno de los puentes de Tsárevo-Zoimitche y la caballería de Vossiltchicof trató de interponerse entre las fuerzas de Eugenio y las de Davout, siendo valerosamente repelida por la división Gerard, y el día tres, Miloradovitch atacó al vencedor de Auerstad, en Viazma. Los rusos tuvieron de tres á cuatro mil bajas y tal vez alguna menos los franceses; pero las pérdidas de éstos eran irreparables, además de deber considerar como muertos á los heridos. Después de esta acción, se encargó á Ney el servicio de la retaguardia. El día nueve, estando el ejército francés en Dorogobuge, cayeron las primeras nieves, con las que se aumentaron y agravaron los entorpecimientos y peligros de la retirada. La temperatura era de doce grados bajo cero, descendiendo los días doce y trece hasta diez y siete grados. Los soldados, desnudos, extenuados por la fatiga, hambrientos, pues sólo se alimentaban de harina desleída en agua y de carne de caballo casi cruda, perecían á millares. A unos se les helaban las manos, á otros los pies, á aquéllos la nariz, á éstos las orejas. El tiempo mejoró el día catorce, gracias á lo cual no sucumbió todo el ejército en cuarenta y ocho horas. El invierno de mil ochocientos doce fué de los más crueles del siglo. De los ciento siete mil hombres que salieron de Moscú, sobrevivían escasamente cuarenta mil, que formaban en su mayor parte una masa desordenada, donde la miseria, los cosacos y los campesinos causaban continuos estragos.

En Dorogobuge recibió Napoleón pésimas noticias. Tchitchagof y Tormassof se habían unido sin que pudieran estorbarlo Swartzemberg, cuyo ejército quedaba reducido á veinticinco mil austriacos, ni Reynier, que ya sólo contaba con diez mil sajones. Las fuerzas de aquellos dos generales rusos sumaban sesenta mil hombres, y Tchitchagof, dejando veinticinco mil al mando de Sacken, para contener á Schwartzemberg y Reynier, subía, con los treinta y cinco mil restantes, á lo largo del Dnieper y el Beresina, es decir, al encuentro de los restos del Gran Ejército. Al mismo tiempo, Wittgenstein estaba en condiciones de correrse al sud, con todo ó casi todo su ejército, compuesto de cuarenta y cinco mil hombres, para interceptar también el paso á los franceses. El diez y ocho de Octubre se había reñido la segunda batalla de Polotsk, habiendo necesitado retrogradar Saint-Cyr, he-